

Estrada, Angel de
La plegaria del sol

ANGEL DE ESTRADA (Hijo)

La Plegaria del Sol

BUENOS AIRES

1910

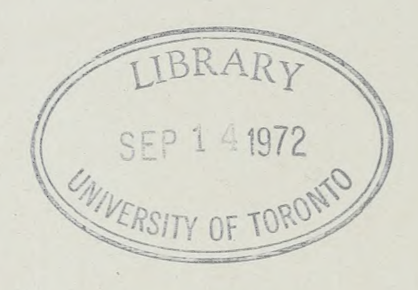
La Plegaria del Sol

ANGEL DE ESTRADA (Hijo)

La Plegaria del Sol

BUENOS AIRES

1910


LIBRARY
SEP 14 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

A mi padre, en el 25 de Mayo de 1910

ANGEL DE ESTRADA (Hijo)

LA PLEGARIA DEL SOL



I

Los Andes escuchaban en su pujanza inquietos,
Insólitos rumores poblados de secretos,
Y emocionada estaba la gran Naturaleza;
Hablando entre los rayos de su esplendente gloria
A la gigante Musa de la inmortal Historia,
El padre Sol, tenía acentos de tristeza.

II

«Me siento fatigado de hallar en los volcanes
Mi fuego, en roja guerra de lavas y huracanes,
O de posar ardores en las heladas nieves;
Me siento fatigado de ser nimbo grandioso
Sobre la calva adusta del cóndor, y gracioso
Reír de los colores en mariposas leves.

III

Me siento fatigado de iluminar la esfera
Azul, donde mi hastío potente reverbera;
Mientras el Chimborazo y el Misti y el Tacora
La llaman a sus cumbres cual formidable hueste,
Y ansían en la tienda de la ilusión celeste
Aprisionar el carro de la veloz aurora.

IV

Me siento fatigado de dar al Amazonas
Y al Paraná mi vida; desde intrincadas zonas
Descienden, bajan, vuelan, llevándome en cantares,
Y no pudiendo recios arrebatar islotes,
Se cubren espumosos de verdes camalotes
Para ir con luz y flores a conquistar los mares.

V

Me siento fatigado de repintar las vetas
De bongos y caobas, de florecer las grietas
De troncos venerables en bosques centenarios;
De hacer con los naranjos nupciales alegrías
Que a noches misteriosas y a luminosos días
Envuelven en alientos de níveos incensarios.

VI

No tengo ya en caobas altares de oraciones,
Donde bendigan cantos a mis felices dones
Adorando la fuente de mis aéreas ondas;
Ni forman esos bongos alígeras piraguas,
Tendiendo mi alto culto por escondidas aguas
De selva en que mi rayo no perforó las frondas.

VII

Las vírgenes no pasan cubiertas de azahares
Con el metal del Raymi que me encendió en sus lares;
Florecen los naranjos sin recordar su aliento;
Cayeron los altares cuando llegó a mi tierra
El hombre de la Europa que le declaró guerra
Sin ver que yo la amaba cual otro firmamento.

VIII

Formaban densa nube de tempestad: la raza
Salía de sus almas brillando en la coraza;
Animé sus almetes cual yunque de sus lances,
Y en el vistoso alarde las furibundas testas
Ardían como fuente de las gallardas gestas
Pidiendo el duro bronce de castizos romances.

IX

Soldado noble y fiero manchólo la codicia;
No contempló mis cetros en flores de delicia,
Buscó en la entraña abierta mi luminoso rastro:
Y al fin enceguecidos los indomables Cides,
Olvidaron en medio de las épicas lides,
Que el oro allí se encierra cual símbolo de un astro.

X

Está enseñando al hombre mi reino con su fibra
Abajo de las mieses; así mi lumbre vibra
En las entrañas hoscas del tenebroso seno;
Oredece los campos y en ascendentes lluvias
Remonta del ondeo de las espigas rubias
A la quietud dorada de mi esplendor sereno.

XI

¡Ah, siendo el gran maestro no me oyen los mortales!
Mis símbolos no copian la luz de mis raudales;
Soy el creador fecundo; mi vida va lo mismo
Al cóndor del espacio que al caracol rastrero
Que deja por gloriarme su plata en el sendero...
Soy dios sobre las cumbres, soy dios sobre el abismo.

XII

Yo canto en el estruendo de rápidas corrientes,
Yo canto en el murmurio de las tranquilas fuentes;
Yo río en cataratas donde mi lumbre brota
Con explosión hirviente que fascinante avanza,
Y doy a los rocíos un iris de esperanza
En flores conmovidas al despedir su gota.

XIII

¡Y siendo el gran maestro no me oyen los mortales!
Aquí mis templos brindan apenas sus señales,
Mis templos arrasados para entregar riquezas:
¿Por qué no alzó a las cumbres el español los ojos,
Sintiendo entre las chispas que echaba en los despojos
La inspiración del alma que fulge en mis bellezas?

XIV

Hoy más que sobre el monte que esculpe mi reflejo,
Y más que sobre el río de melodioso espejo,
Mi luz a los escombros fervientemente baja;
Y en reforzar la luna del templo, se complace,
Sabiendo que en el claro de la ilusión, renace
Mi culto entre los velos de mística mortaja.

XV

Mortaja que en la quena de fúnebre lamento
Desteje su hermosura perdiéndose en el viento
Con todo el desamparo de su melancolía:
Así, mi rayo intenso que reflejó la luna,
Al son del hijo errante de América se aduna,
Y más sagrado muere, volviéndose armonía.

XVI

¡Oh, Musa de la Historia, no olvides mi plegaria!
Infunde a los raudales de esa alma solitaria
Tus alientos de fuego; pues si el postrer escombro
Se borra de mis templos, deseo que su canto
Lo muestre inmortalmente mirándome con llanto,
Mientras le tejo en rayos, la lira sobre el hombro... »

XVII

Profundo fué el silencio cuando calló el chispeo
Del Sol acongojado por su postrer deseo:
Y entonces los torrentes, las selvas, el paisaje
Entero, lanzó voces de ardor estremecido:
« ¿Por qué, Señor, las quejas, y por qué tal gemido?
Nosotros te juramos eterno vasallaje.

XVIII

¿No ves cómo los vientos te cantan en las hojas,
Y encuentran en tu envío consuelo a sus congojas,
Pues creen llenar la esfera tocando tus fulgores?
¿No ves cómo los tallos imploran de las brisas
Las ondulantes gracias, para mover tus risas
Cuajadas en el cáliz de las flexibles flores?

XIX

¿No ves cual tu caricia que calentó los lagos
Los vuelve en los reflejos de su prodigio, magos
De limpios espejismos y tú no desfalleces?
¿No ves cual les enseñas a fecundar la orilla?...
Por ti la onda concibe las mies y cuando brilla,
Ya mezcla áureos destellos a sus plateadas preces!»

XX

La Musa de la Historia desparramó el concento;
Sus ojos encerraban jirón del firmamento;
Su voz fué latigazo, la luz entristecida
Corrió sobre los montes, descendió las laderas,
Y se inflamó volante por las celestes eras
Hallando en sus acentos toda su antigua vida.

XXI

« ¡ Oh ! padre, el horizonte de tu adorante es tumba,
En vano en él tu anhelo de redención retumba,
Yo me uno a tu tristeza para escuchar su pena ;
Marcharon tus imperios hacia lindes opacas,
Jamás saldrán auroras de sus dolientes huacas
Venciendo el grave tono de la nocturna quena. »

XXII

Y en los vibrantes ojos do ardía el pensamiento
Con chispas azuradas, apareció un momento
El llanto de los fuertes : un cielo con rocío
Así inclinó gigante sobre aquel moribundo
Ideal, emblema frágil de amortajado mundo...
Luego gritó imperiosa : « ¡ Que predomine Clío !

XXIII

¡ Oh ! Sol del continente, de nuevo te proclamo ;
En ti mi excelso numen como en su fragua inflamo ;
Un pueblo se prepara a renacer : tu encono
Guarda, padre, ya tengo forjada aquí en el cinto,
Su estatua ; ya los Andes elévanle su plinto
Para ínclita acercarla a tu supremo trono.

XXIV

Anúnciase el instante. Mi pueblo vive mudo,
Pero mi voz se anima concibiendo su escudo.
Las redentoras púrpuras fulgirán en el brillo
De su gorro escarlata, que al fin purificado,
Esfumará sus sangres, y cual rubí sagrado
De paz simbolizada coronará un anillo.

XXV

Al broche de las manos tú prestarás el oro.
Vendrán del mundo entero, procesiones en coro,
A refundirse inciertas en la nación pujante;
Y el Sol de Carlos V con fuego de tus piras
Dorará los arados, las espadas, las liras,
Y no se pondrá nunca brillando en el Atlante.

XXVI

Los hijos que hoy preparan la lucha con su España,
Serán en otros siglos, los nietos que la saña
Trocarán en amores para regar su brote.
Y triunfará en las tierras el hablar castellano,
Y tú, Sol de los cielos, te sentirás ufano:
¿No fué hecha con tus rayos la lanza del Quijote?

XXVII

¡Oh! Reina fatigada de dibujar estelas
En los mares de gloria; tus viejas carabelas
Renacen en potentes y luminosas arcas:
Hoy de contrarios vientos las naciones concilias,
Y muestran con orgullo los hombres sus familias
Como si todos fuesen perínclitos genearcas.

XXVIII

Hidalgos argentinos entre invisibles golas
Dirigen el torrente de las étnicas olas
Sin olvidar su estirpe de Trajanos y Aurelios:
España, eres la madre de espiritual espuma,
El vino de otras cepas te aspira y se perfuma:
Tu cruz tiene la savia de los cuatro Evangelios.

XXIX

Cantemos en las cumbres el renacer latino,
Mas no, no adelantemos las horas del destino.
Escucha, Sol, que en Grecia, sobre los dulces metros
De bailes que movían las cadenciosas faldas,
Te uniste con Apolo cambiando las guirnaldas
De la sabiduría por hechizados cetros.

XXX

Escucha, tú que en Delfos con el Arquero sacro
Hiciste al vaticinio, verdad de un simulacro,
Esclareciendo el humo de las malignas lomas;
Y que Centro aclamado del fúlgido planeta,
No seguiste las alas de un cuervo de profeta
Sino el gracioso vuelo de gentiles palomas.

XXXI

Tú, que allí en ese templo, cercado por las Musas
Rompiste victorioso las canciones confusas,
Dando a la lira helénica el esplendor de un ara;
Tú, que allí cultivaste, cual abeja sus mieles,
El corazón de Dafne latiendo en los laureles,
Para infundir el ritmo de la belleza clara.

XXXII

En estas mismas selvas donde también un beso
Te enviaron en plegarias, fecunda ese embeleso,
Pues quiero que en mi escudo haya un laurel de Apolo;
Infíltrale en su gracia robusteces de encina,
Que a su vigor lozano no le procuren ruina
La Pampa, ni los Andes, el Trópico, ni el Polo.

XXXIII

Que tenga las virtudes de un inmortal olivo,
Más verde que aquel ramo del árbol primitivo
Errabundo meteoro del Edén ya sin nombre;
Aquel que la paloma lució por el espacio,
Cuando hizo desde el cielo los puentes de un palacio,
El arco iris primero que contemplara el hombre.

XXXIV

Que tenga las virtudes del más grandioso roble,
Semejante al patriarca de la Guipúzcoa noble,
Que el niño cual el viejo con patrio orgullo nombra;
El roble que con voces de su fresca verdura
Ofrece el justo fallo de su moral ventura
A todo el que demanda protección a su sombra.

XXXV

Y en el escudo mío pondré su doble rama
Unida; cual con haces de inspiradora llama
Secará los sudores de los rudos trabajos;
Y mientras los artistas ya sueñan con sus rosas
En diademas sagradas; ¡venid lumbres radiosas,
Bañad gozosamente los venideros gajos!

XXXVI

Yo en tanto iré a las fraguas de los volcanes, quiero
Templar los lambrequines indómitos de acero,
Y adargas protectoras de ilustres ideales;
Quiero que en la defensa sin padecer desmayo,
La espada sea nube de escandeciente rayo
Que mata con reflejos de luchas siderales.»

XXXVII

El Sol prestó a sus chispas un resplandor violento,
Sin sombra de tristeza, clamando en su ardimiento:
«No forjes esas armas; en horas bonancibles
Daré al laurel vigores, y en luchas a las venas
Del paladín mi sangre para fundir cadenas:
El beso de mis lumbres hace hombres invencibles.»

XXXVIII

Cortó su pensamiento la brisa que un lejano
Rumor aproximaba, como de mar humano;
Rumor que no traía borrascosos embates;
Pero que ya mezclaba con fuerza visionaria
A la unción armoniosa de férvida plegaria
Tumultos febricientes de ríspidos combates.

XXXIX

La Musa de la Historia dominó el horizonte
Y prorrumpió exaltándose: « Soplo de Dios, ponte
De pie, ya intensa fiebre mi frente dora augusta,
Ya el pueblo se levanta, la libertad despierta
Cual viento de las pampas a plenitud abierta,
Ya cunde por los valles el ansia de la justa. »

XL

El Sol vibrante dijo: « No hay más divinidades,
Que vistan cual los Horus mis rubias claridades,
Murieron en el tiempo, lo sé; los bellos sotos
Del Nilo, nunca glaucos inspirarán cinceles,
Para entre adoraciones poner en capiteles
Como plegarias pétreas de mi esplendor, los lotos.

XLI

No pido lo imposible, no pido que delincas,
Lo has dícho, ya ni puedo resucitar los Incas,
¡Oh! Musa de la Historia; pero vuélveme palma
Y encárname en un nimbo, que lo que amante sueña
Mi luz, es sobre campos de virginal enseña
Sentir el gran prodigio, la animación del alma. »

XLII

La Musa, enajenada, crecióse: no era Clío;
Tenía en gestaduras, un resplandor bravío;
Brotaban de sus ojos las lumbres como estrellas;
Fluían de sus manos los ágiles torrentes,
Los golpes de las fraguas, los surcos, las simientes,
Las redes crepitantes de eléctricas centellas.

XLIII

Formábanle cortejos hirsutos los breñales;
Tocándole las plantas surgían los eriales
Vestidos con el lujo de primorosos prados:
Su soplo henchía velas, su aliento daba viñas,
La sombra de su frente rayaba las campiñas
Cubiertas por enjambres de dóciles ganados.

XLIV

Cual muros infranqueables se erguían sus broqueles,
Transformaba en centauros, indómitos corceles
De brisas impetuosas alígeros rivales:
Sus aguas se lanzaban en rudos remolinos,
Torcíanse apacibles, giraban los molinos
Volviendo inteligentes las cascadas brutales.

XLV

Abría gigantesca los luminosos brazos
Hacia los horizontes, cual si tejiera lazos
De un rito de esperanza de fraternales cultos:
Sentíanse de mundos lejanos las miserias,
Echándose al acaso de las nuevas arterias
En arduas caravanas de anhelantes tumultos.

XLVI

Vibraban en su pecho las vías estentóreas;
Salían de sus hombros las ciudades marmóreas
Entre bosques que alzaban los nidos y las alas:
Los vientos agitaban sus fúlgidos cabellos
Con hojas y perfumes y flores y destellos
Y arpegios resonantes de todas las escalas.

XLVII

No era Clío, era América siendo vírgen y diosa.
El Sol le dió un abrazo con ansia generosa
De febriles ideas: su flamante reguero
Ponía en las espaldas de transparentes lumbres
Las clámides ya prestas a remontar las cumbres
Fijando en cada chispa la gloria de un lucero.

XLVIII

La virgen lanzó un grito radioso, palpitante,
Ligero, como flecha de un arco de diamante,
Que despertó los ecos de vórtices sombríos
Y cimas sonrosadas ; un grito sobrehumano,
Un grito de apoteosis ; la voz del Océano
Hirviente con el coro tonante de los ríos.

XLIX

« Padre, Sol de los pueblos, olvida tu elegía,
Tú, que harás de naciones estrellas para un día,
Transfigurar en cielos un nuevo continente ;
¡ Baja, sí ! a la bandera, de la que va en su ruego
A pedir con conciencia de claridad, tu fuego,
En inmortal bautismo sobre su noble frente.

L

Mas no quiero que sufras de nostalgia en la tela.
¡ Oh ! Genios de los aires, dadme el jirón que vuela
Y veo inmaculado bogar en lo infinito ;
Y de azur dadme un lampo con celestes albores ;
¡ Gracias, aéreos Genios ! ¡ Oh, Sol de mis amores ;
Ya es un templo tu cárcel y en el templo te agito !

LI

Que en él resplandeciente jamás sufras ocaso,
Alumbra la esperanza del orbe y a tu paso,
Sacuda el hombre ideas como el león las crines;
Que las broncíneas trompas en su clamor egregio,
Tu claridad expandan con resonante arpegio
De rayos y de notas en bélicos clarines.

LII

Que seas por los siglos en el pendón, medalla.
Suprema luz que en pechos de excelsitud estalla;
Infunde a los vivientes el alma de los muertos;
Fecunda y embellece con tus colores majos:
Y renacientes alas encuentren tus andrajos
Si el tiempo y los combates los aniquilan yertos.

LIII

¡Oh! enseña refulgente, que en ondulante arrullo
Dibujes la sonrisa de tu viril orgullo;
Y cuando se transformen las brisas juguetonas
En tempestad, atrae las rachas a tu pliegue,
De modo que el soldado que te levante entregue
Sus redentores cantos al viento que aprisionas.

LIV

Sé, ¡ oh ¡ Sol, en los colores, bastión de tempestades.
Preparando la calma de futuras edades
Hasta llegar al cenit de la feliz carrera ;
Y entonces, sin que nunca la comunión se rompa,
Proclame el que despliegue tu jubilosa pompa:
— Agito entre mis brazos a la nación entera.

LV

La nación al olvido no dará, que en nocturna
Sombra, vives oculto, cual simbólica urna
De un ideal generoso que flota en los trigales;
Será sobre la tierra lo que eres en el cielo,
Fecundadora humana con un divino anhelo
Te imitará brindando sus bienes fraternales.

LVI

Te imitará ofreciendo bajo el laurel primicia
De olivos y de robles con su paz y justicia;
Y el laurel desde el Andes hasta las fuertes flotas,
Perfumará los aires y forjará su amparo
Con óleo de esperanza, seguro como un faro,
Haciendo de sus brisas universales notas.

LVII

Y en ese crisol vivo de razas, el poeta
Supremo entre una corte de artistas, su paleta
Convertirá en guitarra, laúd, lira, salterio:
Para tañer las cuerdas con hondas vibraciones,
Y decir que tu emblema tejido de ilusiones
Es signo en este mundo de tu real imperio.

LVIII

Ahora, nación, marcha... Ya el astro está en la nube
De su pendón de glorias, hasta mi cima sube.»
Oyóse: «Oid, mortales», y el grito era sagrado;
Esta vez tan potente que el límpido horizonte,
«Libertad», clamó alerta; «libertad», dijo el monte,
Y el grito más que el viento estremecióse alado.

LIX

La Musa de la Historia con emoción divina
Voló ágil por los aires como sutil neblina;
Entonces todo el cielo se convirtió en sonoro;
Y el Sol, cual si bañase recién a la montaña,
Con un sacudimiento de su anhelante entraña
Vertió millones de albas en su torrente de oro.

LX

El Andes, conmovido, devolvió la avalancha,
Cual onda de granito que su esplendor ensancha,
Y en un deseo ardiente de porvenir remoto,
Mezclando patria y cielos, en grandiosos afanes
De mentes argentinas con fuego de titanes,
Lanzó sobre las pampas su inmarcesible voto:

LXI

« Que un día, allá, en el Juicio Final, entre pendones,
Prorrumpa el Juez supremo, Señor de las naciones:
— El Sol yerto del mundo que triunfador fulgiera
Del anchuroso Plata sobre el broquel zafíreo,
Fué digno reflejándose en su mortal bandera
De revivir eterno para alumbrar mi Empíreo! »